

# IGLESIA y FAMILIA

Año 2008 • nº 13 • noviembre



El pasado 24 de junio se hacía pública la **Carta Pastoral** del **Mons. Rouco-Varela**, Cardenal-Arzbispo de la Archidiócesis de Madrid, y unos días después, en un mensaje a todos los fieles madrileños, nuestro Cardenal reafirmaba su propuesta de iniciar un plan integral de Pastoral Familiar que sería, según sus propias palabras, "un compromiso de vida y acción pastorales, vinculante para todos los miembros de la Iglesia Diocesana: sus Pastores, sus consagrados, sus fieles laicos y, especialmente y sobre todo, para nuestros matrimonios y familias cristianas."

Es por ello que, a partir de este número de "Iglesia y familia", iremos facilitando los distintos materiales que desde la Archidiócesis de Madrid se vayan editando.

## 1 LLAMADOS AL AMOR

*La familia, imagen de Dios*



Vamos a hablar de la familia.  
De esposos, de padres e hijos;  
de la convivencia, la comunicación, la educación...

De la felicidad que sentimos cuando sabemos que estamos unidos,  
y de dificultades, problemas, luchas, logros y fracasos...

Pero lo primero de todo será hablar del amor.  
Es el fundamento de la familia.  
Sin el amor, no damos un paso.



No nos contentamos con intercambiar ideas y opiniones.  
Eso nos ayudaría a saber más, pero saber no es suficiente.  
Compartiremos criterios, valoraciones, sentimientos... la vida.  
Compartiremos nuestra búsqueda.

Y la fe en Jesucristo,  
que nos hace ver la vida con más claridad, y nos da fuerza para afrontarla.

Queremos **vivir la familia**, como Dios nos ha hecho capaces de vivirla.

Lo sabemos:

***¡con Cristo es posible!***

## Tema 1

## Despertar al amor: una promesa de Dios

*"Todo el que ama ha nacido de Dios" (1 Jn 4, 7)*

La carta pastoral de nuestro arzobispo *La familia: vida y esperanza para la Humanidad* nos ayuda a centrar el tema:

"Nuestro amor nace como respuesta a un amor recibido que nos antecede (cf. 1 Jn 4,10.19), y asumirlo en profundidad nos permite comprender de qué modo somos introducidos en la historia de amor de Dios, que es anterior a nosotros. La mejor forma de prepararse a ser esposo es siendo buen hijo, consciente de ser hijo de Dios" (p. 28).

"La revelación del amor ilumina nuestra vida y nos permite interpretar la diversidad de nuestras experiencias en la medida en que conducen a una vida plena" (p. 21).

"Comprendemos la importancia decisiva de la revelación del plan de amor de Dios que nos hace exclamar: «Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él» (1 Jn 4,16). Se trata de la revelación de un amor capaz de sanar las heridas de un hombre abatido y sin fuerzas (cf. Lc 10,30); y que lo transforma en lo más profundo al hacerlo *hijo de Dios* (Jn 1,12; 1 Jn 3,1)" (p. 21).

## Fijándonos bien

El amor lo hemos experimentado siempre: desde pequeños alguien nos ha querido y hemos querido a alguien. Quizá no lo pensábamos; simplemente lo sabíamos y éramos felices. A medida que crecíamos y nos hacíamos más independientes, hemos ampliado el círculo de relaciones, y con algunas personas hemos vivido una amistad más intensa y más consciente; saber que podíamos contar con las personas amigas nos daba confianza y nos llenaba de alegría. Pero ha habido un momento en nuestra vida –seguro que lo recordamos bien– en que, al encontrar a otra persona, hemos sentido el amor como algo nuevo, como si fuera la primera vez que amábamos y nos sabíamos amados. Fue un verdadero descubrimiento, como una luz nueva que nos guía en nuestra vida por un camino que promete llevarnos a la felicidad plena.

¿Estás de acuerdo con esta descripción de la experiencia del amor? ¿Se parece a lo que tú has vivido?

¿Cómo ha influido en el desarrollo de tu vida sentirte amado? ¿Por qué crees que es importante?

Hay personas que no han conocido el amor. ¿Cómo crees que esto las afecta?

Verdaderamente no podemos forzar el amor para que surja en nuestra vida. Pero el hecho es que, antes de que hayamos elegido nada en la vida, ya nos sentimos *amados* y *amando*. El ser humano no podría conocer lo que es el amor si no hubiera sido amado. Es más, no podría vivir sin amor.

*“El hombre no puede vivir sin amor. El permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente” (Juan Pablo II, Redemptor hominis 10).*

El amor se nos va revelando: en los padres, en los hermanos, en los amigos, en el esposo o la esposa, en los hijos... A medida que lo descubrimos, nos hace vislumbrar la *fuentes* de la que nos llega. Nuestro amor es siempre *respuesta* a un amor que hemos recibido antes.

Pero ¿de dónde viene el amor que recibimos a lo largo de nuestra vida? ¿Y adónde nos lleva?

## Escuchamos la Palabra de Dios

► Cuando el pueblo de Israel cuenta los orígenes de la humanidad, reconoce que el amor existía desde el principio. Dios creó al hombre por amor, y lo ha llamado también al amor, que es la vocación fundamental que resuena en el corazón de todo ser humano. Amamos porque hemos conocido el amor. Dios ha querido que necesitáramos el amor para desarrollarnos, y, creándonos a su imagen, nos ha hecho capaces de amar.

*“El Señor Dios se dijo: -No está bien que el hombre esté solo; voy a hacerle alguien como él que le ayude.*

*Entonces el Señor Dios modeló de arcilla todas las bestias del campo y todos los pájaros del cielo, y se los presentó al hombre para ver qué nombre les ponía. Y cada ser vivo llevaría el nombre que el hombre le pusiera. Así el hombre puso nombre a todos los animales domésticos, a los pájaros del cielo y a las bestias del campo; pero no encontraba ninguno como él que le ayudase.*

*Entonces el Señor Dios dejó caer sobre el hombre un letargo, y el hombre se durmió. Le sacó una costilla y le cerró el sitio con carne. Y el Señor Dios trabajó la costilla que le había sacado al hombre, haciendo una mujer, y se la presentó al hombre.*

*Y el hombre dijo: -¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne! Su nombre será Mujer, porque ha salido del hombre. Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne.*

*Los dos estaban desnudos, el hombre y su mujer, pero no sentían vergüenza uno de otro” (Génesis 2,18-25).*

El hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, que es Amor, no puede vivir solo, sin alguien a



quien amar y por quien ser amado

No encuentra compañía entre todos los animales creados por Dios. Sólo reconoce como "otro yo" al ser que ha sido tomado de su cuerpo. Algo sorprendente se despierta tras el encuentro entre el hombre y la mujer. De ahí arranca el primer canto de la humanidad que aparece en la Sagrada Escritura: "Ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne" (Génesis 2,23). El yo despierta sorprendido por el tú. Dios saca al hombre de la soledad y le pone en el camino de la vida plena.

En lo más profundo de nosotros estamos marcados por el amor que llega de Dios, nuestro Padre y nuestro Creador. El amor es como un regalo "caído del cielo", nos sorprende, irrumpe en nuestra vida y nos revela su sentido, nos orienta hacia un destino aún mayor que cualquier deseo que podamos concebir.

► El amor de Dios es fiel, inspira confianza, hace crecer. Ver cómo es el amor que Dios nos tiene nos hace desear ese amor. Dios, nuestro Padre, que nos ha creado para el amor, mantiene su llamada. Nos provoca.

*"Y ahora, así dice el Señor, el que te creó, Jacob; el que te formó, Israel:*

*No temas, que yo te he rescatado, te he llamado por tu nombre y eres mío.*

*Si atraviesas las aguas, yo estaré contigo; los ríos no te anegarán.*

*Si pasas por el fuego, no te quemarás; la llama no te abracará. Porque yo soy el Señor, tu Dios; el Santo de Israel, tu salvador.*

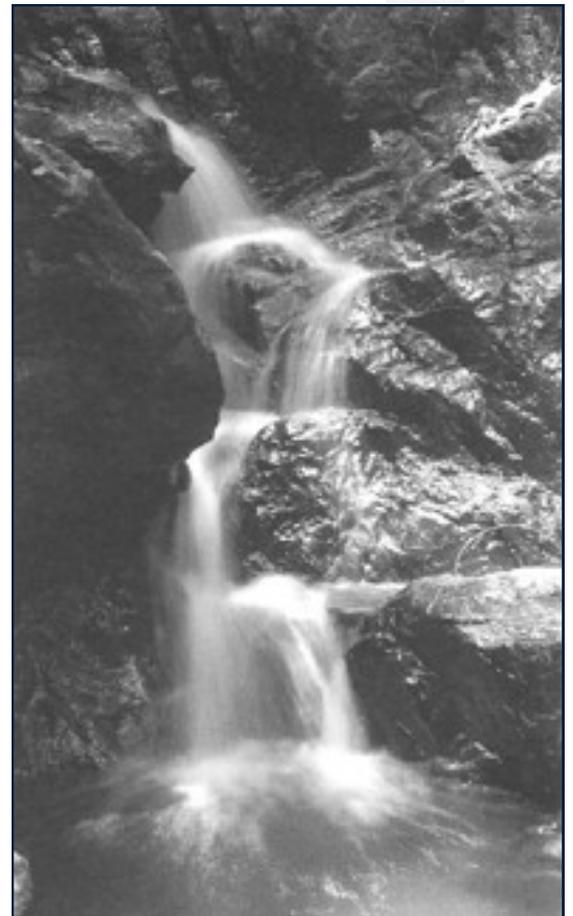
*He entregado a Egipto, Etiopía y Saba, como precio de rescate por ti; y es que tú vales mucho para mí, eres valioso y yo te amo" (Is 43,1-4).*

► "Tanto amó Dios al mundo, que entregó su Hijo único" (Juan 3,16). El designio de Dios que comenzó en la Creación y los profetas no dejaron de recordar al pueblo de Israel, se manifestó y se cumplió plenamente en su Hijo Jesucristo. No sólo nos llama al amor; nos da su Espíritu que nos hace capaces de amar como verdaderos hijos suyos.

*"Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios, y Dios en él. En esto ha llegado el amor a su plenitud con nosotros: en que tengamos confianza en el día del Juicio, pues como él es, así somos nosotros en este mundo" (1 Juan 4,16-17).*

Después de leer y tratar de asimilar estos textos, ¿qué podemos decir de Dios y de su relación con nosotros?

¿Qué podemos decir de nosotros mismos, y de la vida a la que Dios nos llama?



## Para profundizar

La vocación al amor es la vocación fundamental de todas las personas; la llevamos inscrita en todo nuestro ser, en nuestro cuerpo y en nuestra alma. El matrimonio es respuesta a esta vocación y se funda en un amor peculiar: el amor conyugal.

► El amor conyugal no es un mero impulso que nos arrastra. Nace de la admiración ante la belleza del ser del otro. Se puede decir que *el amor es una revelación* que recibimos. Actúa como una luz que ilumina toda nuestra vida y hace que nos conozcamos cada vez mejor, una luz que permite interpretar la propia vida en las circunstancias más diversas, una "luz que guía toda la vida hacia la plenitud".

► *El amor hace crecer nuestro "yo", y el amor conyugal con más razón...* Nuestro "yo" se despierta y se encamina hacia la madurez, cuando reconocemos un "tú" que nos sorprende amándonos, descubriéndonos, llamándonos por el nombre, haciéndonos distintos de las demás personas. El "yo" nace siempre de una relación, pues nadie podrá jamás hacerse a sí mismo. Debo mi origen a otro y para realizarme tengo necesidad de otro.

► *El amor es además una llamada a la comunión* con la otra persona, respetando su total libertad y reconociendo el valor absoluto de su dignidad. La persona amada nos aparece con tal valor, que entendemos que es bueno gastar la vida por ella, vivir para ella.

*Como todo amor, el amor conyugal es algo que el hombre descubre en un momento determinado de su vida, no es algo deducible y planificable. El mismo contenido de este amor es una verdadera revelación; nace de la admiración ante la belleza del otro e incluye una llamada a la comunión. Tal llamada implica libertad de ambos y la totalidad de la persona. Por eso mismo, es una aceptación implícita del valor absoluto de la persona humana. La persona amada nos aparece con tal valor, que entendemos que es bueno gastar la vida por ella, vivir para ella. Esta es la revelación básica del amor conyugal.*

*No se trata entonces de un mero sentimiento, a merced de la inseguridad que engendra la mutabilidad de los estados de ánimo. Tampoco es un simple impulso natural irracional que parecería irrefrenable. Ambas concepciones son ajenas a la libertad humana y, por ello, incapaces de formar una verdadera comunión. Aquí nos encontramos con un amor que es aceptación de una persona en una relación específica cuyo contenido no es arbitrario (Conferencia Episcopal Española, La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad, n. 60).*

► En esta revelación del amor, que nos fascina, la luz de la Palabra nos hace ver el amor de Dios que sale a nuestro encuentro, que está de alguna forma presente en el amor que sentimos hacia la otra persona. Nos vemos introducidos en una historia de amor a la que somos invitados personalmente como protagonistas. Dios cuenta con nosotros y con nuestra familia para desvelar y realizar su Misterio de amor.

► Este encuentro entre el hombre y la mujer también expresa el anuncio de una nueva búsqueda. Hombre y mujer no estamos hechos para nosotros mismos, sino que vivimos en la búsqueda de algo más. Queremos algo más que la vida, queremos amar y ser amados para siempre. No hemos recibido el don de la vida para sobrevivir, sino para amar y ser amados, para crecer en ese amor, para ser transformados por ese amor, para ser liberados y encontrar la felicidad. "Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer" (Génesis 2,24). Será un futuro que llenará nuestras vidas y que ya ahora dirige nuestras acciones para lograr esa plenitud que vislumbramos como una promesa.

El amor nos hace ver en la persona amada –el hombre en la mujer, la mujer en el hombre– a alguien que, con su presencia, suscita nuevas promesas y horizontes de vida, alguien con quien compartir una vida y un proyecto. La persona amada es una invitación constante a la plenitud que se alcanza formando una comunión de personas. El amor inaugura así *un camino en la vida*, muy diferente de una mera sucesión de momentos más o menos intensos; camino hacia la plenitud que, sin embargo, sólo se tiene en promesa: se irá recibiendo mientras se avanza guiados por la luz del amor.

## Oramos juntos

Recordando lo que hemos reflexionado y comentado hasta ahora, damos gracias a Dios:

Por las personas que nos han querido y hemos querido a lo largo de nuestra vida: nos han despertado al amor, nos han sacado de la soledad.

Porque la Palabra de Dios nos ha revelado que Dios mismo es la fuente de donde mana el amor que hemos recibido y que hemos dado. En los caminos de la vida hemos visto señales de su amor.



Porque saber que Dios nos ha creado por amor y nos llama al amor, nos hace comprender el sentido y la orientación de nuestra vida.

"Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él" (1 Juan 4,16).

## Oración por la Familia

Dios, de quien proviene toda paternidad  
en el cielo y en la tierra:

Padre, que eres amor y vida,  
haz que cada familia humana  
que habita en nuestro suelo,

sea, por medio de tu Hijo Jesucristo, nacido de mujer,  
y mediante el Espíritu Santo, fuente de Caridad Divina,  
un verdadero santuario de vida y amor para las nuevas generaciones.

Haz que tu gracia guíe los pensamientos y las obras de los cónyuges,  
para bien propio y de todas las familias del mundo.

Haz que las jóvenes generaciones encuentren en la familia  
un fuerte sostén humano,  
para que crezcan en la verdad y el amor.

Haz que el amor, reforzado por la gracia del Sacramento del Matrimonio,  
se manifieste más fuerte que cualquier debilidad o crisis  
que puedan padecer nuestras familias.

Te pedimos por intermedio de la Familia de Nazareth,  
que la Iglesia pueda cumplir una misión fecunda en nuestra familia,  
en medio de todas las naciones de la tierra.

Por Cristo, nuestro Señor,  
Camino, Verdad y Vida  
por los siglos de los siglos. Amén.

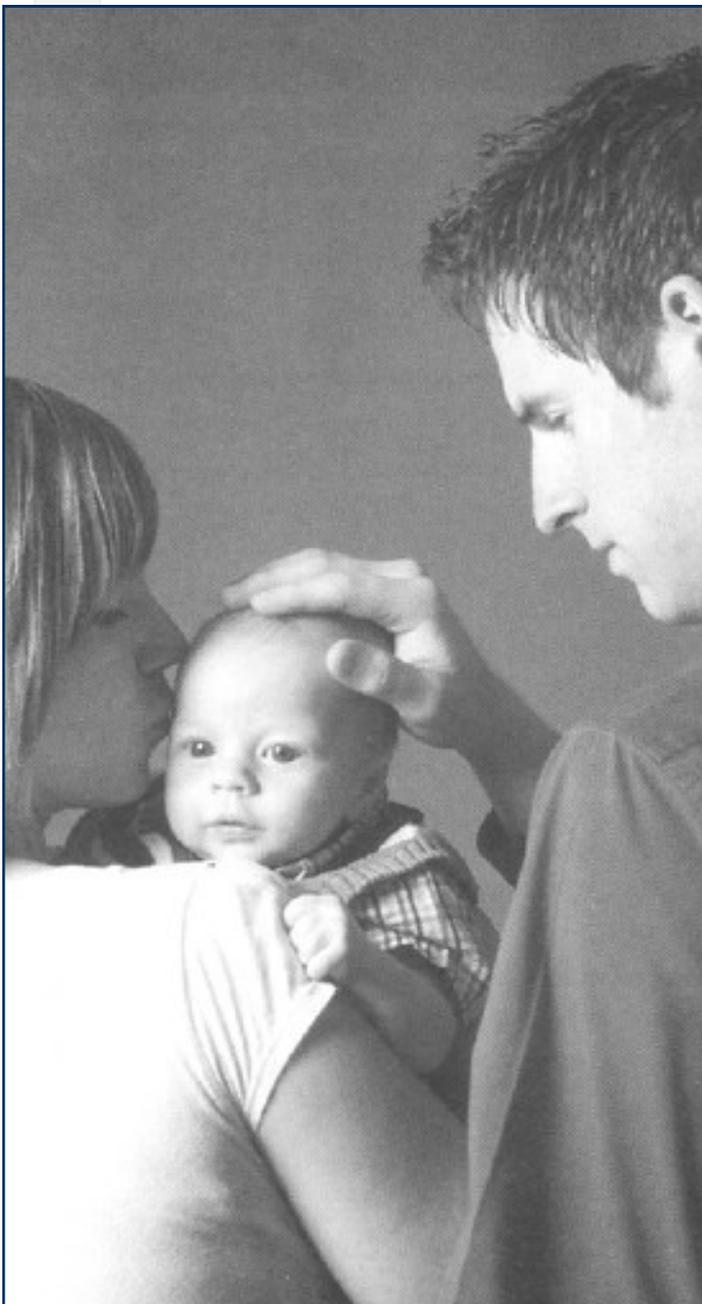
## Nos proponemos

Este amor, don de Dios que nos hace parecidos a Él, nos dirige hacia el cumplimiento de su firme promesa: la plenitud de nuestro ser, de nuestra felicidad, de nuestro amor. Ahora gozamos sólo de un anticipo, pero nos basta para mantener vivo el deseo sincero de alcanzarla.

Necesitamos ayudarnos a reconocer los signos del amor de Dios, recordarnos que Dios nos hace sujetos activos en la historia que Él quiere vivir con la humanidad. ¿Cómo ayudarnos a darnos más cuenta de los signos del amor de Dios?

Con nuestras acciones buscamos siempre colaborar en el cumplimiento de aquella promesa de plenitud. Cuando vemos que el amor fracasa a nuestro alrededor, y también en nosotros mismos, necesitamos tener la certeza de que la llamada de Dios es firme y su amor es fiel. ¿Cómo cultivar la esperanza en nuestro amor?

Todos necesitamos ser ayudados en el aprendizaje del amor, para poder llegar a la madurez de una entrega libre y a ser capaces de descubrir la verdad de este amor hermoso. Sólo se puede enseñar a amar amando y es, precisamente, la familia el lugar ineludible para ello, escuela de humanidad y de amor. ¿Cómo cultivar en el matrimonio, en la familia, el deseo del amor auténtico?



## TEXTOS Y TESTIMONIOS

“Cuando comprendimos que estábamos hecho el uno para el otro, nos declaramos lo que ardía en nuestro corazón: amarnos para siempre. Sin embargo, teníamos muchos interrogantes. ¿Por qué se separan tantos matrimonios? ¿Cómo podíamos saber si un día no nos ocurriría también a nosotros? En la preparación al matrimonio nos dimos cuenta de la grandeza del sacramento del matrimonio y de cómo el amor conyugal es un reflejo del amor trinitario. Aunque nuestro amor parezca el más bello y el más fuerte de todos, nos damos cuenta de que todo amor, para durar, debe beber en esta fuente divina.

Nos hemos casado como respuesta a la vocación que Dios nos había mostrado. Desde el principio nos había parecido importante no encerrarnos en nosotros mismos, sino procurar permanecer abiertos a los demás. Esta apertura al mundo no quita nada a nuestro amor; al contrario, nos hace ser más delicados el uno con el otro. A pesar de ser jóvenes e inexpertos, Santo Padre, hemos experimentado la gran verdad contenida en su Encíclica *Deus caritas est*, en la que nos dice que un amor fundado sobre la fe e impregnado de fe, enriquece el eros con el ágape y lo hace cada vez más semejante al amor divino”.

Testimonio de José Manuel Torralba y Myriam García (España), El amor es para siempre, en el V Encuentro Mundial de las Familias, Valencia 2006.

## Tema 2

## El amor crece: un camino por recorrer

*"Como Cristo amó a la Iglesia" (Ef 5, 25)*

La carta pastoral de nuestro arzobispo *La familia: vida y esperanza para la Humanidad* nos ayuda a centrar el tema:

"El eje central de cualquier pastoral familiar no consiste en una sucesión de actuaciones, ni en una adecuada interrelación entre las mismas, sino en comprender realmente el *plan de Dios sobre cada hombre*, un plan que afecta a la historia de amor personal que cada uno ha de saber construir. En definitiva, toda pastoral familiar debe orientarse a descubrir y realizar la vocación al amor de todo hombre y de toda mujer" (p. 20).

Sabemos que Dios nos ha creado por amor y para el amor. Dios nos llama siempre al amor y espera nuestra respuesta: la historia de amor que cada uno de nosotros tenemos que escribir. Comenzó con la llamada de Dios y vamos desarrollándola a lo largo de nuestra existencia. En ello –nunca mejor dicho– nos va la vida. El itinerario fundamental, que recorreremos a lo largo de esa historia, se esconde en el *ser hijos para poder ser esposos y llegar a ser padres*. Ahí descubrimos el sentido de nuestra vida, que podemos acoger... o frustrar.

## Fijándonos bien

El amor va guiando el desarrollo de nuestra vida, va construyendo nuestro hogar: primero el amor que es propio de hijos y hermanos, luego la amistad, el enamoramiento, y, sobre todo, el amor adulto y maduro de esposos y padres...

Hay un momento en que nos damos más cuenta de lo que verdaderamente queremos en la vida. No nos basta saber que vivimos; necesitamos sobre todo saber *para qué vivimos*. Se nos impone con fuerza la pregunta: *¿quién quiero ser?* La respuesta se nos va aclarando mientras avanzamos en el amor. En nuestro crecimiento personal hacia la madurez y la vida plena, el amor es fuerza que impulsa, ánimo que sostiene, meta que atrae. Es luz que nos guía. El amor se nos revela en la relación con otras personas.

El amor conyugal es, sin duda, expresión sublime del amor humano. En la vocación al amor conyugal se necesita una "ayuda adecuada"; es imprescindible que exista un(a) co-protagonista especial en nuestra vida, a quien "reconozcamos" y que haga posible una tarea común incomparable: construir un hogar.

Nos convertimos en protagonistas porque hemos conocido el amor y hemos creído en él (1 Jn 4, 16). En nuestra historia, ese amor más decisivo siempre tiene un nombre, un rostro, por el que merece la pena entregar la vida. Todo amor verdaderamente humano requiere un *nombre* para conservar su dignidad.

Si somos capaces de dar un nombre personal a nuestro amor, nos resultará posible escribir nuestra historia; habrá una persona con quien buscar una vida en comunión, habrá un camino que recorrer hacia esa comunión de personas, y no quedaremos a merced de las circunstancias y de la volubilidad de los estados de ánimo.

No debemos engañarnos y llamar amor verdadero a lo que no es más que una atracción superficial. Es fácil quedarse con lo que más nos gusta, confeccionar un amor a la carta, que no nos exija demasiado. Pero resultará pasajero, puramente sentimental, y no nos hará felices.

Quien confunde el amor con un mero sentimiento o con un impulso irrefrenable de la pasión, es que no ha descubierto aún a la persona a la que entregarse, en entera libertad, para un amor fecundo. En realidad, está aún inmerso en una angustiada soledad. Ni ha conocido el amor ni ha creído en él. Hoy son muchos los que, confundidos, llaman amor a lo que no lo es y se incapacitan para salir de la soledad. Decir: "Te amo, porque te necesito", es muy distinto de decir: "Te necesito, porque te amo".



Recordemos cada uno a personas concretas a las que amamos, sobre todo de nuestra familia.

Mi amor hacia ellos, ¿cómo ha enriquecido mi vida? (Si no las amara, ¿sería yo la misma persona?)

El amor que me tienen, ¿cómo me ha hecho crecer?

El testimonio de amor de matrimonios que conozco, ¿me estimula y ayuda?

## Escuchamos la Palabra de Dios

► La Palabra de Dios nos ilumina y nos hace contemplar la verdad sobre el amor. Jesucristo ama incondicionalmente, y en Él encontramos la verdadera alegría que nos enriquece y nos hace personas consumadas, plenas, perfectas.

En el siguiente pasaje del *Evangelio de San Juan* podemos fijarnos en algunos rasgos del amor de Jesús:

El amor mueve toda la vida de Jesús.

Jesús ama con el mismo amor con que es amado por el Padre.

Es un amor hasta la muerte, expresión suprema de su entrega.

Da alegría auténtica y plena.

Jesús quiere que su amor mueva toda nuestra vida; que en todo cumplamos su mandato del amor.

*“Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud. Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por los amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando” (Jn 15,9-14).*

El Señor nos revela qué es el amor y dónde tiene su origen, su fuerza siempre nueva. Por eso, nosotros alcanzamos la plenitud como hombres y mujeres amando como Jesucristo nos ama y enseña.

¿Cómo nos hace crecer el amor de Jesucristo?

► El Evangelio es la Buena Noticia del amor de Dios a los hombres; lo es particularmente para el amor conyugal. Con el deseo sincero de acoger la Buena Noticia leemos el siguiente pasaje del Evangelio:

*“Se acercaron unos fariseos y le preguntaron para ponerlo a prueba: ¿Le es lícito a un hombre divorciarse de su mujer? Él les replicó: ¿Qué os mandó Moisés? Contestaron: Moisés permitió divorciarse, dándole a la mujer un acta de repudio. Jesús les dijo: Por vuestra terquedad dejó escrito Moisés este precepto. Al principio de la creación Dios los creó hombre y mujer. Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne. De modo que ya no son dos, sino una sola carne. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre” (Marcos 10, 1-9).*

En toda época (en la de Jesús y en la nuestra) el amor se vive en la fragilidad y la incoherencia: es nuestra aspiración más profunda, y sin embargo con frecuencia sucumbimos al egoísmo. Ante la incapacidad de un amor total y definitivo, los hombres solemos buscar salidas precipitadas y pobres.

¿Cuál es la respuesta de Jesucristo? Para revelar el misterio del amor esponsal, Jesús se remonta al proyecto originario del Dios Creador. Así, el Señor asume el amor humano, lo purifica de todo egoísmo y lo eleva para que hombre y mujer se unan en comunión perfecta.

De este modo el matrimonio llega a la plenitud querida por Dios, y perdura el amor de los esposos.

Esta es la Buena Noticia de Jesucristo sobre el amor del hombre y la mujer. Así lo enseña el Concilio Vaticano II: “El matrimonio es una comunión íntima de vida y amor” (*Gaudium et spes* 48).

En este pasaje del Evangelio, ¿qué se nos revela del plan de Dios sobre el matrimonio?

¿Qué dificultades encuentran hoy los esposos para vivir su fidelidad mutua y su entrega definitiva?

## Para profundizar

► Los primeros pasos en este camino –el enamoramiento– se conocen desde el principio: la promesa de plenitud, la llamada a una entrega, darse cuenta de que es un camino largo... La dificultad está en hacer avanzar bien lo que comenzó bien. Es necesario perseverar con “fidelidad creadora” ante los acontecimientos nuevos de una historia en la que Dios nos llama y nos espera. En esta nueva etapa la guía es la vocación al amor, que nos saca de nosotros mismos. Responder a la llamada será, lógicamente, salir al encuentro de la persona amada para entregarse a ella. El camino que lleva a la plenitud de vida que buscamos es el *amor esponsal*.

Vivir una historia de amor, puesto que se vive en libertad, implica responsabilidad. Podemos elegir unas acciones u otras, con las que nos aproximamos a la meta o malogramos nuestro destino: podemos construir una vida o fracasar. Para acertar es importante estar atentos a cómo se nos revela el amor; esto es, tener la *sensibilidad* adecuada para descubrir y guardar las distintas “palabras de amor” que recibimos.

Además, amar de esa manera es una decisión que tomamos libremente, y lleva consigo un riesgo: el riesgo de no ser correspondidos por la persona a la que amamos, a la que nos confiamos, en cuyas manos nos ponemos. Quien ama, se hace vulnerable.

*“El desarrollo del amor hacia sus más altas cotas y su más íntima pureza conlleva el que ahora aspire a lo definitivo, y esto en un doble sentido: en cuanto implica exclusividad -sólo esta persona-, y en el sentido del «para siempre». El amor engloba la existencia entera y en todas sus dimensiones, incluido también el tiempo. No podría ser de otra manera, puesto que su promesa apunta a lo definitivo: el amor tiende a la eternidad” (Benedicto XVI, Deus caritas est, 6).*

► En el amor conyugal, la fascinación que suscita la belleza de la persona amada hace que surja un deseo: querer compartir la vida por completo y para siempre, construir juntos un hogar. No sólo compartir cosas, sino el corazón mismo, la intimidad, uno mismo, la propia libertad: “Me entrego a ti, te pertenezco, me debo a ti”. Y esto, mutuamente.

Pablo VI describe los rasgos fundamentales del amor conyugal:

*“Es, ante todo, un amor plenamente **humano**, es decir, sensible y espiritual al mismo tiempo. No es por tanto una simple efusión del instinto y del sentimiento sino que es también y principalmente un acto de la voluntad libre, destinado a mantenerse y a crecer mediante las alegrías y los dolores de la vida cotidiana, de forma que los esposos se conviertan en un solo corazón y en una sola alma y juntos alcancen su perfección humana.*

*Es un amor **total**, esto es, una forma singular de amistad personal, con la cual los esposos comparten generosamente todo, sin reservas indebidas o cálculos egoístas. Quien ama de verdad a su propio consorte, no lo ama sólo por lo que de él recibe sino por sí mismo, gozoso de poderlo enriquecer con el don de sí.*

*Es un amor **fiel y exclusivo** hasta la muerte. Así lo conciben el esposo y la esposa el día en que asumen libremente y con plena conciencia el empeño del vínculo matrimonial. Fidelidad que a veces puede resultar difícil pero que siempre es posible, noble y meritoria; nadie puede negarlo. El ejemplo de numerosos esposos a través de los siglos demuestra que la fidelidad no sólo es connatural al matrimonio sino también manantial de felicidad profunda y duradera.*

*Es, por fin, un amor **fecundo** que no se agota en la comunión entre los esposos sino que está destinado a prolongarse suscitando nuevas vidas. ‘El matrimonio y el amor conyugal están ordenados por su propia naturaleza a la procreación y educación de la prole. Los hijos son, sin duda, el don más excelente del matrimonio y contribuyen sobremedida al bien de los propios padres’ (GS 50)” (Pablo VI, Humanae vitae, 9).*

El Directorio de la Pastoral familiar de la Iglesia en España n. 35, resume estos rasgos del amor esponsal:

un amor - incondicional (te creo, me fío de ti y me confío a ti);

un amor - exclusivo (para mí no hay otra persona más que tú);

un amor - definitivo (me entrego a ti por completo y para siempre);

un amor - corpóreo (amor abierto, capaz de comunicarse, que se expresa a través del cuerpo generando vida).

► En el lenguaje del amor conyugal hay que tener en cuenta también el *lenguaje del cuerpo*. La

ofrenda del cuerpo sólo es real y genuina cuando expresa auténticamente el amor de los esposos. No se vive la sexualidad separada del corazón ni de la mente; precisamente el amor es lo que les da unidad. El cuerpo del varón es para el cuerpo de la mujer, y el de la mujer para el del varón, creados ambos para la entrega recíproca. Sólo el amor conyugal tiene la llave que abre el significado de la sexualidad y revela su aspecto verdaderamente positivo para la persona. Por eso el matrimonio es la realización plenamente humana del amor sexual, pues en él se da la entrega de la sexualidad completa y fecunda, propia y exclusiva del amor entre los esposos, que excluye los demás amores. Por todo ello, saber interpretar el significado de la experiencia amorosa equivale a saber situarla en el marco de nuestra vida considerada en su globalidad.

*“La sexualidad, mediante la cual el hombre y la mujer se dan uno a otro con los actos propios y exclusivos de los esposos, no es algo puramente biológico, sino que afecta al núcleo íntimo de la persona humana en cuanto tal. Ella se realiza de modo verdaderamente humano, solamente cuando es parte integral del amor con el que el hombre y la mujer se comprometen totalmente entre sí hasta la muerte. La donación física total sería un engaño si no fuese signo y fruto de una donación en la que está presente toda la persona, incluso en su dimensión temporal; si la persona se reservase algo o la posibilidad de decidir de otra manera en orden al futuro, ya no se donaría totalmente. Esta totalidad, exigida por el amor conyugal, corresponde también con las exigencias de una fecundidad responsable, la cual, orientada a engendrar una persona humana, supera por su naturaleza el orden puramente biológico y toca una serie de valores personales, para cuyo crecimiento armonioso es necesaria la contribución perdurable y concorde de los padres.*

*El único “lugar” que hace posible esta donación total es el matrimonio, es decir, el pacto de amor conyugal o elección consciente y libre, con la que el hombre y la mujer aceptan la comunidad íntima de vida y amor, querida por Dios mismo, que sólo bajo esta luz manifiesta su verdadero significado” (Juan Pablo II, Familiaris consortio, 11).*

## Oramos juntos

En verdad es justo y necesario  
darte gracias Padre santo  
porque al hombre, creado por tu bondad,  
lo dignificaste tanto  
que has dejado la imagen de tu propio amor  
en la unión del varón y de la mujer.  
Y al que creaste por amor y al amor llamas,  
le concedes participar en tu amor eterno.  
Y así, el sacramento de los desposorios,  
sígnolo de tu caridad,  
consagra el amor humano.  
Por Cristo nuestro Señor.

## Nos proponemos

Después de escuchar la Palabra de Dios comprendemos mejor cómo el amor es la gran vocación de todo hombre, cómo el amor del matrimonio está llamado a ser incondicional, exclusivo, definitivo, corpóreo, porque es signo del amor de Cristo y la Iglesia.

Dejemos que crezca en nosotros el deseo de superar las dificultades -¡cada uno las conoce bien!- que nos impiden amar sinceramente.



¿Qué actitudes deben cultivar en la práctica los esposos cristianos, para que su amor sea un reflejo del amor de Cristo a la Iglesia?

¿Cómo puede la comunidad cristiana ayudarles a amarse según el Evangelio?

Los que creemos en un amor total, definitivo y fecundo, ¿cómo podemos difundirlo en la sociedad?

## TEXTOS Y TESTIMONIOS

“Venimos de India, un país con diversas religiones y culturas. He aprendido de mis padres a ser honesta, leal conmigo misma y con los otros, y a fiarme del amor de Dios. Al crecer, me di cuenta de que la comunidad cristiana era una parte minúscula de nuestro país. Esto me ha estimulado a conocer mejor mi fe y sobre todo a vivirla, comprometiéndome en la parroquia. En la Universidad he conocido a Ted. Él también era católico. Aunque no siempre podemos hablar con los otros de nuestras convicciones religiosas, vemos sin embargo que muchos compañeros se han sentido atraídos por nuestro estilo de vida.

Vivimos en la gran Mumbay. Muchas veces la influencia de los medios de comunicación ahoga los valores cristianos. En nuestra familia, junto a nuestros hijos, renovamos cada día nuestra fe y nos ayudamos a poner en práctica el Evangelio en las pequeñas cosas cotidianas. Queremos que nuestros hijos crezcan en una familia unida, acogedora. Sabemos que nuestro amor mutuo atrae la presencia de Jesús. Como pequeña Iglesia doméstica, queremos ofrecer esta presencia divina a cuantos no han recibido todavía el anuncio del Evangelio.

Testimonio de Nisha D'Costa y Ted D'Costa [India], con dos niños, *El amor en familia atrae la presencia de Jesús*, en el V Encuentro Mundial de las Familias, Valencia 2006.

## Tema 3

## Purificar nuestros afectos. El amor maduro

*"Y por encima de todo esto, el amor, como ceñidor de la unidad consumada" (Col 3,14)*

La carta pastoral de nuestro arzobispo *La familia: vida y esperanza para la Humanidad* nos ayuda a centrar el tema:

"La construcción de la auténtica «comunidad de vida y amor» que es el matrimonio, requiere siempre la 'purificación del corazón'. Así nos lo recordaba el Siervo de Dios Juan Pablo II cuando hablaba de la 'redención del corazón' como un paso imprescindible para la vocación al amor. De nuevo nos lo ha señalado Benedicto XVI al insistir en el 'corazón que ve' como una exigencia interna del amor, que supera el nivel meramente afectivo y permite llegar a conocer la capacidad propia del amor para construir una vida" (p. 30).

"Ver significa aquí desarrollar una especial sensibilidad hacia el amor humano dentro de la niebla que extienden las ideologías. Al mismo tiempo, es reconocer las necesidades de la vocación al amor y ser capaz de encontrar caminos para vivirla con plenitud (p. 30).

Cuando nuestro amor es sincero, deseamos que el amor dure. Así es el amor de los amigos, de la familia y, sobre todo, el de los esposos. Cuando el amor se rompe, por más que las relaciones acaben "educadamente", es un fracaso. Las personas que se aman, quieren permanecer en el amor.

Pero este "permanecer" no es algo pasivo, sino que implica una tarea por nuestra parte: ser fieles al don del amor recibido y a la promesa de plenitud que lo acompaña, para poder ser fecundos en nuestra vida. O sea, caminar más pendientes de la persona amada que de uno mismo, entregándole todos aquellos bienes que permiten crecer y madurar juntos.

No es posible "permanecer" en un amor estancado. A lo largo de la vida observamos cómo el amor se transforma y se hace maduro; se hace capaz de ver y valorar a la persona amada en todo lo que ella es, de superar el placer del instante, de superar los meros sentimientos que en nosotros suscita.

Una experiencia fundamental en el amor que "permanece" y busca madurar, es la del perdón, la de perdonar y ser perdonados. El amor de Dios para con nosotros es un amor misericordioso; Él "no guarda rencor eterno" (Jeremías 3,12). Así también el amor humano, en un mundo marcado por el pecado, si quiere ser 'ser perfecto', es un amor que perdona, 'hasta setenta veces siete'.

Ciertamente, podemos confiar en que nuestro amor, si se purifica, va a crecer.

## Fijándonos bien



Si la experiencia del amor nos ha abierto un camino y nos ha mostrado la posibilidad de una plenitud, falta todavía que cada uno recorra realmente ese camino que lleva a la plenitud. Esto no lo podremos hacer sin un proceso de maduración de nuestros sentimientos y deseos; es decir, *purificando nuestros afectos*. Éste es el único modo de hacer crecer el amor en la verdad para que alcance su auténtica grandeza.

El primer paso en la purificación del amor es precisamente el firme deseo de *permanecer en el amor*. Puede parecer muy simple, pero es indispensable. El amor es en sí mismo una llamada a la *fidelidad*, pero responder a esta llamada exige compromiso y esfuerzo. Ya no se trata sólo de “estar enamorado”, sino de “permanecer en el amor”, de dejar que este amor sea purificado y madurado. No es verdadero ni maduro el amor que no es fiel a la promesa que conlleva.

En el amor esponsal, junto a la llamada a la fidelidad, existe otro aspecto indispensable: la *llamada a la fecundidad*. El amor verdadero y maduro no se encierra en sí mismo, sino que sale de sí mismo, se expande, es fecundo, crea nueva vida. El amor auténtico puede no ser fértil, pero nunca es infecundo: siempre da frutos de vida eterna, produce ‘vida abundante’.

Son dos significados que nutren internamente al amor y que corresponde a los cónyuges saber vivir en su convivencia. La comunión única que es el matrimonio, y que no se confunde con ninguna otra, se define por estos dos bienes: la unión personal y definitiva de los cónyuges en la mutua fidelidad, y la procreación. “La unión de los esposos y la transmisión de la vida implican una sola realidad en el dinamismo del amor, no dos, y por ello no son separables, como si se pudiera elegir una u otra sin que el significado humano del amor conyugal quedase alterado” (CEE, *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad*, n. 66)

Recordamos y compartimos las experiencias de fidelidad, a pesar de las dificultades, en la amistad, en el amor de esposos, en el amor de padres... Experiencias que hemos vivido nosotros mismos o que, por ser de personas que nos son cercanas, influyen en nosotros.

Recordamos y compartimos también situaciones en las que resulta difícil “permanecer en el amor” a causa del egoísmo, o por vivir la sexualidad desligada del amor y la procreación, o por reducir el amor al mero sentimiento, o por no aceptar al otro tal como es sino sólo algunas de sus cualidades, o por no ser capaces de perdonar...

A la luz de nuestra experiencia o de las personas que conocemos, ¿qué acontecimientos han sido importantes para madurar en el amor? ¿cuáles han sido los obstáculos?

## Escuchamos la Palabra de Dios

► En nuestra experiencia de amor vislumbramos que existe una realidad distinta y superior a lo que somos nosotros mismos. Hay una revelación: la alegría que encontramos en el amor puede ir a más, puede ser plena. Hay un deseo: queremos esa plenitud. Hay un impulso: estamos dispuestos a hacer todo lo necesario para alcanzarla. En el amor está implícita una *trascendencia*, que nos permite superar lo puramente material y dirigirnos a la plenitud de vida que anhelamos. Es una *trascendencia* que nos anima a salir de nosotros mismos y buscar al otro.

En la *Primera Carta de San Juan* encontramos afirmaciones sobre ese deseo de plenitud en el amor y en la alegría, y sobre el camino para alcanzarla. No, no es pretensión indebida, ni locura sin sentido, ni pura fantasía.

*“En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo, como propiciación por nuestros pecados. Queridos hermanos: si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros. A Dios nadie le ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud” (1 Juan 4,10-12).*

Dios nos crea por amor y para el amor; pone en nosotros el deseo de amar y nos hace sentir la alegría de amar y de ser amados.

En Jesucristo nos muestra Dios el camino del amor más grande y de la perfecta alegría. ¿Podemos decir algo acerca de cómo lo que nos ha sido revelado en Jesús influye en nuestro amor y en nuestra alegría?

► Para purificar el afecto y madurar en el amor tenemos que saber discernir si lo que la sociedad nos propone, está acorde o no con la voluntad de Dios. Un texto de la carta de san Pablo a los cristianos de Roma nos avisa de la necesidad de renovar nuestra mente:

*“Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que os ofrezcáis a vosotros mismos como un sacrificio vivo, santo, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual. Y no os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto” (Romanos 12,1-2).*

¿Es verdad que a los cristianos, a veces, se nos hace difícil entender y vivir el amor en su plenitud porque nos “acomodamos al mundo presente”? ¿Se podrían recordar algunos casos?

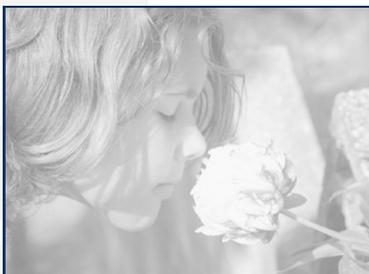
¿Crees que nuestra manera de vivir el amor tiene que ver con ofrecernos a nosotros mismos “como un sacrificio vivo, santo, agradable a Dios”?

► En la Fiesta de la Sagrada Familia leemos otro pasaje de la carta de san Pablo a los Colosenses, donde nos habla del perdón:

*“Sea vuestro uniforme la misericordia entrañable, la bondad, la humildad, la dulzura, la comprensión. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo. Y por encima de todo esto, el amor, que es el ceñidor de la unidad consumada. Que la paz de Cristo actúe de árbitro en vuestro corazón: a ella habéis sido convocados en un solo cuerpo” (Colosenses 3, 12-15).*

Seguro que hemos vivido situaciones de pedir perdón y de perdonar, también, por supuesto, en el matrimonio. ¿Cómo nos hemos sentido al perdonar o ser perdonados? ¿Hemos tenido alguna dificultad?

En el evangelio de Juan encontramos una bellísima imagen que utiliza Jesús para decirnos que para dar fruto, para que nuestro amor sea de verdad ‘fecundo’, debemos permanecer unidos a Él, como los sarmientos a la vid.



*“Permaneced en mí, como yo en vosotros. Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en mí.*

*Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada” (Juan 15,4-5).*

¿Cómo influye la unión con Cristo en la manera de vivir nuestro amor?

## Para profundizar

► En el amor hay siempre un “girarse” hacia el otro, por el que comprendo que hay otro que “vive para mí” y que yo soy “para” él. Pero es propio de la madurez del amor que no se “gire” sólo hacia una particularidad del otro, sino que abrace la totalidad de su existencia y todas sus dimensiones, que incluya a la persona en su integridad.

Al “volvemos” hacia el otro, nuestro amor se hace más valioso según su capacidad de buscar el auténtico bien para la persona amada, y no tanto por la intensidad del sentimiento que genera.

*“Ahora el amor es ocuparse del otro y preocuparse por el otro. Ya no se busca a sí mismo, sumirse en la embriaguez de la felicidad, sino que ansía más bien el bien del amado: se convierte en renuncia, está dispuesto al sacrificio, más aún, lo busca” (Deus caritas est, n.6).*

El amor auténtico dirige realmente nuestras acciones y es capaz de construir una vida en común, sostenida por bienes objetivos. En esto se distingue el amor verdadero, al que somos llamados, de los amores falsos que tratan de seducirnos.

Un amor que se reduce a una de las dimensiones de la persona, sin tener en cuenta la totalidad y

la integridad de la persona, está falseado. Origina una peligrosa desviación del camino que nos habíamos propuesto, ya que puede atentar contra la dignidad del otro, e incluso deshumanizarlo.

► Hoy es muy fuerte la tendencia a reducir el amor a pura excitación sexual. Se diría que vivimos rodeados de un *pansexualismo* ambiental. a) La sexualidad se reduce a simple *genitalidad*. b) Esta sexualidad es tratada como *objeto de consumo*. c) Se reclama la presencia de la *genitalidad* y su consumo como un hecho *normal* e incluso se considera buena la tendencia social que orienta hacia dicho consumo. Sin embargo, someterse a estos principios materialistas y consumistas, dejándose llevar por el principio del placer más intenso, engendra un gran vacío y una profunda tristeza.

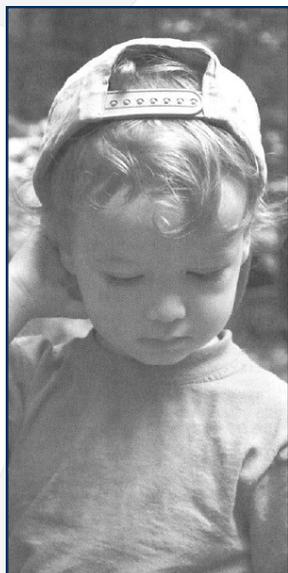
*“Hoy se reprocha a veces al cristianismo del pasado haber sido adversario de la corporeidad y, de hecho, siempre se han dado tendencias de este tipo. Pero el modo de exaltar el cuerpo que hoy constatamos resulta engañoso. El eros, degradado a puro ‘sexo’, se convierte en mercancía, en simple ‘objeto’ que se puede comprar y vender; más aún, el hombre mismo se transforma en mercancía. En realidad, éste no es propiamente el gran sí del hombre a su cuerpo. Por el contrario, de este modo considera el cuerpo y la sexualidad solamente como la parte material de su ser, para emplearla y explotarla de modo calculador. Una parte, además, que no aprecia como ámbito de su libertad, sino como algo que, a su manera, intenta convertir en agradable e inocuo a la vez. En realidad, nos encontramos ante una degradación del cuerpo humano, que ya no está integrado en el conjunto de la libertad de nuestra existencia, ni es expresión viva de la totalidad de nuestro ser, sino que es relegado a lo puramente biológico. La aparente exaltación del cuerpo puede convertirse muy pronto en odio a la corporeidad. La fe cristiana, por el contrario, ha considerado siempre al hombre como uno en cuerpo y alma, en el cual espíritu y materia se compenetran recíprocamente, adquiriendo ambos, precisamente así, una nueva nobleza. Ciertamente, el eros quiere remontarnos ‘en éxtasis’ hacia lo divino, llevarnos más allá de nosotros mismos, pero precisamente por eso necesita seguir un camino de ascesis, renuncia, purificación y recuperación” (Deus caritas est, n. 5).*

► En este camino de maduración y crecimiento siempre estará presente la figura del perdón, un don nuevo que brota de lo profundo del amor de Dios. En el seno familiar, el perdón arranca del mismo amor conyugal. Transformado por el Espíritu, el amor conyugal se hace participación del amor de Cristo que perdona; se convierte en amor de *misericordia*.

¿Podrán perdonarse los esposos? Sí, si reconocen que la fuente de su amor es un amor de *misericordia* que está por encima de ellos y los une. Sí, si son sensibles a la debilidad del cónyuge que necesita un amor renovado para poder alcanzar la plenitud prometida.

La necesidad de perdón –y el perdonar– cabe perfectamente en el crecimiento del amor. El amor verdadero es capaz de generar una entrega nueva de sí mismo, alcanzando una plenitud nueva. La palabra perdón, compuesta de *per* y *don*, quiere decir don consumado; igual que *per-fecto* quiere decir “completamente hecho”, o *per-durar* quiere decir “prolongar la duración”.

*“Parte esencial y permanente del cometido de santificación de la familia cristiana es la acogida de la llamada evangélica a la conversión, dirigida a todos los cristianos que no siempre permanecen fieles a la «novedad» del bautismo que los ha hecho ‘santos’. Tampoco la familia es siempre coherente con la ley de la gracia y de la santidad bautismal, proclamada nuevamente en el sacramento del matrimonio.*



*El arrepentimiento y perdón mutuo dentro de la familia cristiana que tanta parte tienen en la vida cotidiana, hallan su momento sacramental específico en la Penitencia cristiana. Respecto de los cónyuges cristianos, así escribía Pablo VI en la encíclica *Humanae vitae* (n. 25): ‘Y si el pecado les sorprendiese todavía, no se desanimen, sino que recurran con humilde perseverancia a la misericordia de Dios, que se concede en el Sacramento de la Penitencia’.*

*La celebración de este sacramento adquiere un significado particular para la vida familiar. En efecto, mientras mediante la fe descubren cómo el pecado contradice no sólo la alianza con Dios, sino también la alianza de los cónyuges y la comunión de la familia, los esposos y todos los miembros de la familia son alentados al encuentro con Dios ‘rico en misericordia’ (Ef 2,4), el cual, infundiendo su amor más fuerte que el pecado, reconstruye y perfecciona la alianza conyugal y la comunión familiar” (Familiaris consortio, n. 58).*

► Tendríamos que llegar a querer lo mismo que el Señor. La unión con Él hace posible que lleguemos a ver y a sentir como Él mismo. El encuentro con Cristo llega a transformar el sentimiento, dándole un gusto nuevo. Así nace

en nosotros un corazón nuevo, purificado, capaz de apreciar lo que verdaderamente construye una amistad, y especialmente, la necesidad de amor que sienten las personas.

*“[Dios] nos ha amado primero y sigue amándonos primero; por eso, nosotros podemos corresponder también con el amor. Dios no nos impone un sentimiento que no podamos suscitar en nosotros mismos. Él nos ama y nos hace ver y experimentar su amor, y de este ‘antes’ de Dios puede nacer también en nosotros el amor como respuesta” (Deus caritas est, n. 17).*



## Oramos juntos

Recordamos especialmente a nuestra familia y a las familias que conocemos.

Damos gracias a Dios por los bienes que vivimos en la familia, y por los que nos tiene prometidos.

Pedimos la luz del Espíritu Santo para reconocer las tendencias egoístas que tenemos que purificar, y la fuerza y generosidad necesarias para hacerlo.

Hacemos nuestra la oración que escribió Juan Pablo II al terminar su Exhortación Apostólica Familiaris consortio:



“Aquella [Sagrada] Familia, única en el mundo,  
no dejará de ayudar a las familias cristianas,  
más aún, a todas las familias del mundo,  
para que sean fieles a sus deberes cotidianos,  
para que sepan soportar las ansias y tribulaciones de la vida,  
abriéndose generosamente a las necesidades de los demás  
y cumpliendo gozosamente los planes de Dios sobre ellas.

Que San José, hombre justo, trabajador incansable,  
custodio fidelísimo de los tesoros a él confiados,  
las guarde, proteja e ilumine siempre.

Que la Virgen María, como es Madre de la Iglesia,  
sea también Madre de la Iglesia doméstica,  
y, gracias a su ayuda materna, cada familia cristiana  
pueda llegar a ser verdaderamente una ‘pequeña Iglesia’,  
en la que se refleje y reviva el misterio de la Iglesia de Cristo.

Sea ella, Esclava del Señor,  
ejemplo de acogida humilde y generosa de la voluntad de Dios;  
sea ella, Madre Dolorosa a los pies de la Cruz,  
la que alivie los sufrimientos y enjague las lágrimas  
de cuantos sufren por las dificultades de sus familias.

Que Cristo Señor, Rey del universo, Rey de las familias,  
esté presente como en Caná, en cada hogar cristiano  
para dar luz, alegría, serenidad y fortaleza”.

## Nos proponemos

Comprendemos bien que crecer en el amor no significa ahogar nuestros afectos, sino hacerlos duraderos, sanos, fuertes.

Teniendo en cuenta nuestras experiencias que hemos recordado al principio, así como los textos bíblicos que hemos leído y comentado:

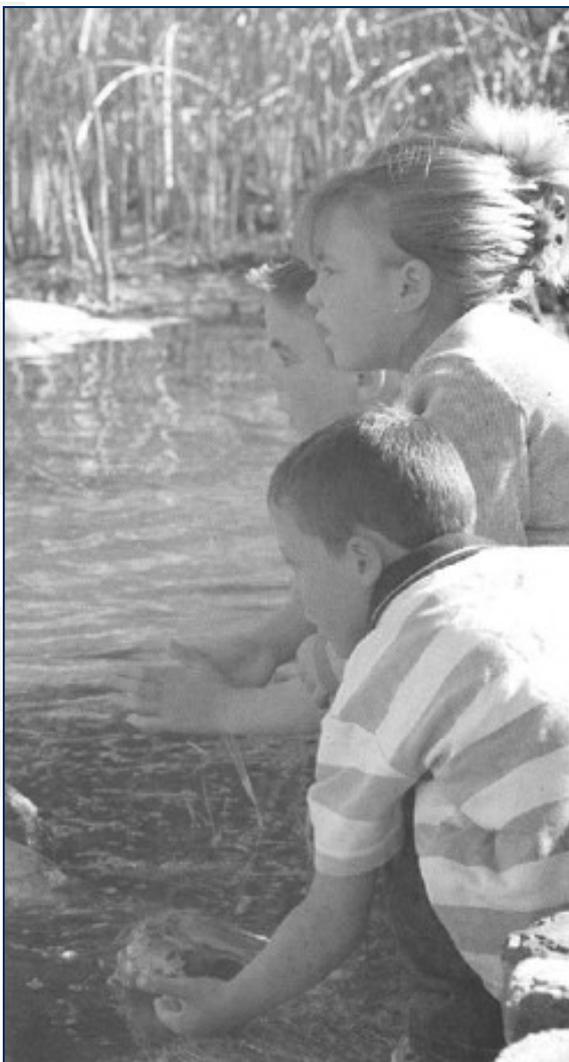
¿Qué debemos hacer y que debemos evitar para que nuestro amor madure y vaya hacia su plenitud?

Los cristianos sabemos que para que nuestro amor sea auténtico debemos permanecer unidos a Cristo.

¿Qué debemos hacer para permanecer unidos a Cristo?

Los cristianos también debemos ser testigos del amor de Dios en este mundo.

¿Qué debemos hacer para que nuestro amor sea verdaderamente fecundo, dando vida a nuestro alrededor?



## TEXTOS Y TESTIMONIOS

"Santo Padre, hace ocho años hemos atravesado una prueba muy fuerte: la pérdida de nuestra única hija de 18 años, María Teresa. Pero Dios se ha ocupado de nosotros y ha hecho que nuestra fe y nuestra esperanza no se debilitaran; más aún, se hicieron más fuertes.

Después de un discernimiento realizado a la luz de la Palabra de Dios y acompañados por la oración de tantos amigos en el Señor, ha florecido en nosotros el deseo de dar una familia a muchachos que la hubieran perdido.

Robustecidos con la fuerza del sacramento del matrimonio, nuestra paternidad y nuestra maternidad han sido todavía fecundas, acogiendo como hijos a cuatro hermanos rumanos, ya mayorcitos, huérfanos de padre y madre.

Así, de este don ha nacido una nueva gran familia. Con confianza y total abandono nos acogemos a la Santa familia de Nazaret".

Testimonio de Ina y Salvatore Sammartino [Italia], La grandeza de la adopción, en el V Encuentro Mundial de las Familias, Valencia 2006.



Textos e imágenes procedentes de los materiales preparados por la Archidiócesis de Madrid  
**Vive la familia. Con Cristo es posible.**

[www.archimadrid.es](http://www.archimadrid.es)

